

niosa: solo Roma pudiera haberme vencido.» Y terminando estas palabras fijó su última mirada en Cleopatra y espiró.

La reina sorprendida por tantas desgracias permanecía agobiada por el dolor al lado de Antonio, cuando la avisan que Proculeyo enviado de Octavio venia á intimarla que se rindiese. Ella se negó á oírle, pero el enviado auxiliado por los soldados se introdujo en el sepulcro por una de sus ventanas. Cleopatra al verle tomó un puñal y quiso darse la muerte, pero Proculeyo impidió su intento y la rogó que no privase con su muerte una ocasión de que Octavio mostrase su clemencia. La reina esperanzada todavía se tomó á implorar la clemencia del vencedor, habiendo obtenido una tregua de algunos dias para hacer á Antonio las exequias, que fueron magnificas y acompañadas de algunas fingidas lágrimas de Octavio: y embalsamado el cadáver, fué colocado en el sepulcro de los reyes de Egipto.

Concluidos los funerales, Octavio se dispuso para ver á la reina.

Una mañana de otoño del año 32 antes de Jesucristo se franquearon todas las puertas y entradas del sepulcro de Isis en Alejandria, estando ocupadas las habitaciones que daban paso á la de la reina por sirvientes completamente enlutados. La habitacion de esta era una media naranja de púrpura con embutidos de oro: en las paredes habia colocados retratos y bustos de Julio César. Los adornos de la habitacion consistian en un lecho de oro cuyos mullidos y ropas eran de un color oscuro, en una mesa sobre la que habia varios pergaminos y algunas joyas de gran precio, y una magnífica silla á la manera de las curules que usaban los romanos de esquisita magnificencia por el trabajo, preciosos metales y piedras en ella empleados.

La reina reclinada en su lecho tenia el cabello, que era hermoso, suelto; un vestido blanco desceñido pero colocado con el mas refinado gusto ostentaba sus preciosos hombros, y al menor movimiento se descubria el pecho lastimado con golpes, que significaban su profundo dolor, y en su pálido semblante estaba retratada la agitacion de las pasiones que luchaban en su corazon. La luz del aposento era débil; y sus esclavas Charmion é Irás entraban trayendo dos canastillos de flores. Al verlas Cleopatra las dijo: «Gracias, mis fieles esclavas, ya estoy mas tranquila: ya, si ese afortunado Octavio ha pensado que Cleopatra adornará su triunfo en Roma, conocerá que no ha llegado su poder y su fortuna á someter á la reina de Egipto.» — No os desconsoléis, no perdáis las esperanzas de ablandar su corazon, le contestó una de las esclavas: sois muy hermosa todavía, y los recuerdos de la proteccion que obtuvisteis de su padre adoptivo influirán para que os conserve el trono. — «No lo creáis, mis lisonjeras amigas, mi destino se ha cumplido y no espero mas, que porque nuestro corazon espera hasta que deja de latir. Colocad á mi lado y ocultad esas flores cubriéndolas de modo que no se huyan los aspides que ocultan, y que serán mi último recurso. Acabad, é idos, que siento los pasos de Octavio que llega.» Era el fundador del imperio romano de unos treinta y cinco años de edad en aquella época, de mediana estatura, perfectamente formado, sus ojos azules eran de un mirar digno y magestuoso, su cabello era rubio y ensortijado, sus cejas unidas, la nariz aguileña, el color blanco aunque algo atezado, y era reputado por hombre de gran belleza: su traje era de guerrero y las armas y el casco agrandaban su estatura, y hacian imponente su presencia. Tenia curiosidad de conocer aquella mujer célebre y peligrosa, pero estaba completamente prevenido contra sus seducciones. — Al penetrar en el aposento donde estaba Cleopatra, esta se levanta, y se arroja á sus pies diciéndole: «¡Hijo de César! ya la fortuna os ha hecho dueño de mi reino y mis tesoros: ya la elevada al trono por vuestro padre no es mas que vuestra esclava, que se acoge á vuestra piedad, á la magnanimidad de vuestro corazon, y que en vuestra clemencia confia.» — Alzad, desgraciada Cleopatra; yo haré vuestra suerte llevadera, pero renunciad á los extremos del dolor, y os escucharé cuanto gustéis decirme. «¡Ah! no me levantaré sin que me prometáis ser libre, aunque haya de llevar á un desierto los recuerdos de mis desgracias y la hermosa imagen de mi generoso vencedor.» — Alzad, reina

de Egipto: no pareceis bien así: tranquilizaos. — La reina habia pretendido, con las muestras de su dolor, sus lágrimas y el desorden con que se arrojó á los pies de Octavio, presentando todo lo que puede hacer interesante una hermosura desgraciada, enternecer el corazon del Romano. Pero cuando vió que no habia surtido efecto su primer arrebato, por las contestaciones que le daba Octavio, se levantó y se volvió á su lecho, y sentada esperó á que hiciera lo mismo su vencedor, proponiéndose abogar por su causa en bello lenguaje romano que conocia así como todas las lenguas cultas de la época y haciendo el último esfuerzo para mover el corazon de un jóven, y le dijo: «Ignoro qué es lo que pensais acerca de esta infeliz, que por merced y gracia del gran Julio César, cuya gloria realzais despues de heredar su nombre, ha ocupado el trono de Egipto, siendo la mas sincera amiga de los romanos. Todos cuantos pensamientos me han ocupado en el corto periodo de mi reinado feliz, han concluido por reconocer como autor de mi dicha á aquel grande hombre, cuyos retratos me acompañan, y estan esparcidos con profusion en mis habitaciones, y cuyas cartas (ahí las teneis) y le mostró las que habia en la mesa) son una muestra de su benevolencia para conmigo. La desgracia de Cleopatra ha consistido en que Antonio en lugar de vos haya venido á representar su gloria en Oriente, y como tal haya encontrado en mi la acogida que estaba dispuesta á prestar á cuanto viciosa de César. Mas enterada en los negocios que concierne á la memoria de aquel grande hombre, he contribuido á merecer de vos el apoyo que necesitaba para evadirme de vuestro rival. — ¿No valen nada á vuestros ojos el que rehusase la pelea con vos en la batalla de Accio? ¿que con mi orden se os abriesen las puertas de Pelusio, llave del Egipto, y que mis enviados os manifestasen las solicitudes que he activado para cumplir con vos lo que debo á vuestro padre? ¿Me culpais de haber sido amante de Antonio? No entrará en vuestro pensamiento que una mujer es dueña de sí cuando tiene que elegir entre el amor ó la esclavitud. La pasion libre voluntaria de una mujer, solo puede nacer viendo un hombre como vos hermoso, como vos jóven, como vos lleno de gloria; y cuando se siente renacer en el exámen de esas seductoras prendas, las inspiraciones con que se reciben de la hermosa Venus nuevas gracias, renovacion del corazon.» La reina, conociendo que nada de cuanto decia movia el corazon de Augusto, y calculando que su causa era perdida, quiso aparecer confiada en él, y continuó, despues de un momento de pausa. «Yo iré á Roma á defender mi causa: yo me echaré á los pies de Octavia, vuestra hermana, y Libia, vuestra esposa, y con mis dádivas, con mis ruegos ablandaré su corazon, y todas intercederán por mí, y vos me restituiréis la herencia de mi padre, y seré para vos lo que querais... la mas humilde esclava.» — Tened valor para sufrir vuestras desgracias, la contestó Octavio: quizá tengan remedio, y yo interesaré en vuestro favor al pueblo romano... Cuidad vuestra salud y preparaos para ir á Roma donde nos volveremos á ver; y se salió del aposento. — La reina le seguia con la vista airada, y escrito en su semblante el despecho, y cuando desapareció, exclamó: «¡ir á Roma!... para adornar tu triunfo, ambicioso romano!... No será así... Cleopatra sabe morir, y no lleva mas pesar á la tumba que haber visto por primera vez rechazadas sus ofertas. — ¡Irás! ¡Charmion! traed un punzon y el mas rico pergamino. Le traen lo que pedia, y escribió á Octavio las siguientes palabras. — «No triunfareis de Cleopatra. Haced que sus cenizas sean colocadas al lado de las de Marco Antonio que supo amarla. Adios.» — Tú, ¡Charmion! haz llevar esa carta á Octavio: y tú, Irás, trae un canastillo de flores. Lo toma, se recuesta en su cama, se coloca en una postura cómoda, pone al aire su hermoso pecho, y con inalterable serenidad hostiga al venenoso áspid que estaba entre las flores para que la hiera. Consigue exasperarlo, y al fin recibe la mordedura mortal. Su doncella exhala un ¡ay! involuntario, pero por afecto á su señora, y no queriendo sobrevivirla, se hace morder también. — Octavio luego que recibió el billete de Cleopatra, acudió inmediatamente, presumiendo su muerte: y entrando en su habitacion la halló como dormida y sin estar desfigu-

rada en su lecho. Se acerca, y trata de investigar si está viva, pero ve que ha dejado de existir, y dijo: ¡Bien merecia la celebridad que la han dado sus encantos! Y se fué, disponiendo que fuese sepultada con magnificas exequias al lado de Marco Antonio.

CAMILO ALONSO VALDESPINO.

ROUEN.

Desde que comencé á pisar el suelo de Francia pensé en hacer un viaje á Rouen, aunque ningun negocio de interés me llamaba á este pueblo. Movíame á ello por un lado el deseo de recorrer la línea mas larga de camino de hierro que hasta ahora existe en este país, lo delicioso de las orillas del Sena que habia oido ponderar mucho por otro, y por último la rara fisonomía de la antigua capital normanda. En lo primero no cabia engaño, en las otras dos cosas mis esperanzas se han realizado completamente. Difícil es en verdad imaginar una série de puntos de vista mas agradables que los que ofrecen las orillas del Sena, ya por sus pastos y praderías, ya por sus bosques y arbolados, ya por sus quintas y palacios de recreo, y mas que todo quizá por el curso apacible y serpenteante del rio que no parece sino que lucha contra el destino que le arrastra al mar, segun las numerosas vueltas y rodeos con que se desliza por aquellos campos. Sin contar los paisajes que ofrecen los alrededores de París, y que se disfrutan igualmente desde los caminos de Saint Germain en Laye y de Versailles, apenas dejan de verse puntos agradables empezando por el bosque del primero de estos pueblos, y acabando por Rouen. La mayor parte de las posadas (stations) estan agradablemente situadas no menos que los pueblos que se atraviesan ó divisan. Los muchos recodos del Sena han hecho necesarios cuatro puentes, desde los cuales se domina muy bien aquella hermosa tabla de agua, que por otra parte rara vez se pierde de vista, y cuyas islas prolongadas, verdes y frondosas, parecen otras tantas selvas plantadas en mitad de la corriente por una mano misteriosa. Los tunnels ó trozos subterráneos del ferro-carril en número de cinco, en los cuales se pasa repentinamente de la claridad del sol á las tinieblas de la noche y vice-versa, contribuyen extraordinariamente á la variedad, sobre todo el de Rolleboise, cuya travesía dura mas de cinco minutos, á pesar de la velocidad extrema del tren. Los infinitos ganados en que tanto abundan las llanuras de la Normandia, famosas por sus pastos, y de los cuales algunas reses atravesaban la corriente en toscas barcas conducidas por algun labrador para apacentarse en las islas, acababan de dar la última pincelada á los cuadros que iban desfilando á nuestra vista como en alas de un viento desatado. No cabe duda que los caminos de hierro apenas dejan disfrutar las diversas perspectivas que presentan, pero la misma vaguedad de las impresiones, y sobre todo el movimiento de que parecen animar á la naturaleza adormecida, excitan poderosamente la imaginacion, como si el hombre se gozase en su orgullo de variar sus leyes.

Por fin, despues de disfrutar de corrida este panorama durante cuatro horas y media de caminar, que se me hicieron un minuto, paró el tren en el desembarcadero de Rouen. El dia que á la madrugada se presentaba claro y despejado, se habia ido entolando poco á poco, y en aquel momento comenzaba á caer una lluvia finísima. Las infinitas chimeneas de vapor de aquella ciudad industrial contribuan á obscurecer mas y mas la atmósfera con su espesa humareda; de modo que el primer aspecto del pueblo apiñado y negruzco, sobre el cual descollaban las torres labradas y la flecha altísima de hierro de la catedral hácia la izquierda, la torre delicadísima de Saint Ouen, á la derecha, y un poco mas lejos y por fondo las verdes colinas, á cuya falda está edificada la ciudad, no podia ser mas triste. Delante de mí tenia el puente nuevo con la hermosa estatua colosal en bronce de Pedro Corneille, el rio entristecido por el color de la atmósfera, y los hermosos muelles plantados de árboles, por encima de los cuales se elevaban los mástiles de los infinitos barcos amarrados á la

orilla, y entre cuyas ramas se perdía en vagos festones el humo de algunos vapores prontos á salir para el Havre ó para Elbuf. Los marineros y gentes que hormigueaban por las orillas, parecían mas taciturnos que de costumbre como disgustados de aquel mal tiempo en el mes de julio, y algunos grumetes trepaban por las cuerdas ágilmente para coger las ropas tendidas al aire.

Después de echar una ojeada á aquel hermoso panorama, me encaminé á la abadía de Saint Ouen, cuya primorosa y elegante torre cautivaba mi atención. Ella y la catedral era el principal objeto de mi viaje á Rouen, pues descaba vivamente compararlas con los monumentos religiosos de España que hasta aquel momento habia encontrado notoriamente superiores á cuantos habia visto en este país. En la antigua capital de Normandía debia cambiar de opinion, ó por mejor decir hallar una excepcion á mi regla, porque en efecto la iglesia de Saint Ouen es lo mas puro, aéreo y delicado que han visto mis ojos en el género gótico. La delgadez de las paredes, la gallardía de los estribos, lo rasgado de las vidrieras, y mas que todo quizá la incomparable torre que se levanta sobre el crucero de la iglesia, y tiene por remate una corona ducal, contribuyen á formar un conjunto tan rico y tan armonioso al mismo tiempo, que no sabe la vista apartarse de él. El aspecto sobre todo que presenta desde el lindo jardín que á la espalda tiene, y ofrece la abside preciosa del templo, la famosa torre y el resto del edificio en un escorzo peregrino, produce una impresion difícil de explicar. La luz penetra el edificio por todas partes, y á poco que la imaginacion se embebeza parece flotar en un fluido luminoso y vagó. En aquel momento los accidentes de la atmósfera favorecian poco esta ilusion óptica, pero después he visto descollar el templo sobre un cielo azul y diáfano y bañado por los rayos del sol que lo envolvian en una red brillante, parecia desprenderse de la tierra como se desprenden los pensamientos que inspira. Mil veces he recorrido la catedral de Leon, una de las mas ricas y atrevidas que posee nuestra España, sino la mas, y sin embargo con la sinceridad que debe caracterizar á un viajero, confieso que no llega á la unidad, concierto y reposo que como un aliento vital parece animar á Saint Ouen.

El interior del templo corresponde exactamente á su exterior. Tal vez lo darán á conocer mejor que nuestras palabras las siguientes líneas de un viajero inglés. «Quizá ningun edificio, dice el conde Beugnot, hiere la vista y asombra el pensamiento con la grandeza del solo Dios del universo, mejor que la iglesia de Saint Ouen. La armonía cabal de las proporciones conserva esta idea que desde luego se apodera del ánimo. El espíritu se alimenta allí de las impresiones profundas de la grandeza, de la inmensidad y de la eternidad y claridad misteriosa que penetra blandamente á través de los vidrios de colores diversos, prolonga esta especie de arrobo, que sin duda sería completo si un solo sonido muy suave del órgano viniese á perderse entre aquellas bóvedas, á manera de una voz celeste.

» Desde el gran pórtico occidental se divisa el coro en todo su conjunto y hermosura. En un círculo, ó por mejor decir un óvalo rodeado de altos pilares compuestos de columnas reunidas en forma de haces y desnudo de todo linaje de pared que pudiera impedir su vista. Imposible se hace de imaginar en este punto cosa mas aérea y seductora, pues la proligidad y delicadeza de estos planes es de todas veras famosa. En general la ausencia de todo adorno extraño es la que presta al interior del monumento aquel aire esbelto y gallardo, con un no sé qué de hechicería propio de él solamente, y que produce una sensación que yo no experimenté jamás en ningun otro edificio de esta especie.»

Semejante elogio, por encarecidos que parezcan sus términos, nada tiene de exagerado ciertamente. Cuando yo lo vi por primera vez «ningun acento mio suave del órgano venia á perderse entre aquellas bóvedas;» la obscuridad del cielo apagaba los colores de las vidrieras, el coro colgado todavía de negro por unas exequias que se acababan de celebrar no presentaba su preciosa estructura: el templo estaba desierto, y la lluvia que en aquel momento comenzaba á desatarse reciamente parecia envolver el alma en aquella nube de tristeza desalentada y abatida que

rara vez deja de apoderarse de la imaginacion de los hijos del mediodía en las regiones del Norte; tal espectáculo sin embargo, purificaba los sentimientos y elevaba las ideas, como si difundiese un perfume suavísimo por aquel vacío del corazón que sienten en todas las grandes ocasiones las almas bien templadas que los desengaños del mundo y el desvanecimiento de los sueños generosos ensanchan sin medida, y que con tanta violencia impele el alma hácia las fuentes de la religión y de un consuelo que rara vez acierta á dar la tierra.

Saint Ouen posee algunos cuadros notables como son el *Milagro de los Panes* de Daniel Hallé y una *Visitacion* por Deshalles de Rouen en la capilla de la Virgen, junto con algunos otros de mérito inferior en mi corto entender, pero ni la sillería del coro, ni las vidrieras, ni los monumentos funerarios, ni los accidentes del culto, en fin, sufren comparacion con los de muchas de las iglesias de España y sobre todo con las de Burgos, Leon y Sevilla. Entre los sepulcros vi uno que me recordó un episodio de los mas hermosos de Shakspeare en sus dramas de Henrique VI; el del jóven Talbot cuya muerte digna de su gran nombre está pintada allí con tan nobles y angustiosos colores. El epitafio es sencillo como el heroísmo de aquellos tiempos. Antes de salir de la iglesia uno de los numerosos *cicerones* que por aquí se encuentran y que por la traza no parecia á la verdad hijo mimado de la naturaleza ni de la fortuna, me dijo en inglés que mirase una pila de mármol obscuro que está á la derecha de la entrada. Hicelo así, y vi un efecto de óptica de los mas curiosos que pueden imaginarse, porque la iglesia entera se reflejaba en aquel cóncavo y reducido espejo, y la ilusion del agua que prolongaba sus columnas y las esmaltaba como si fueran de mármol bruñido, la revestia de una apariencia fantástica.

La fachada principal está por acabar y no ofrece nada notable, pero la portada llamada vulgarmente *de Marmouzets* que cae al mediodía, es delicadísima y presenta uno de los mas puros ejemplares del género gótico. Hace poco tiempo que ha sido restaurada con un gusto y talento admirables.

La abadía de Saint Ouen es antiquísima, pues su fundacion data de Clovis que la edificó en 533, pero en las guerras atroces de los normandos desapareció como era natural. Rollon, capitán de esta gente y primer duque de Normandía la reedificó, sus hijos la aumentaron, pero un Abad la demolió para edificarla de nuevo. Dos incendios la consumieron mas tarde por otras tantas veces, hasta que por último en 1318 el famoso abad Roussel Marc d'argent echó los fundamentos del templo actual que sin embargo no se acabó hasta principios del siglo XVI.

De Saint Ouen me encaminé á la catedral en medio de una lluvia espesa que hacia mas tristes las calles de la ciudad. A excepcion de los diques, Rouen tiene sin duda la misma fisonomía que en tiempo de sus duques, pues las calles son torcidas y estrechas, y las casas de madera y de construccion tan tosca que á tiro de ballesta descubren la infancia de la arquitectura civil. Añádese á esto que los atravesanos de los tabiques que asoman están pintados de negro, y fácil será venir en conocimiento del aspecto extraño, desigual y poco agradable del pueblo. Por fin después de un rato de caminar llegué á la catedral que en el gusto, proligidad y abundancia de sus labores y arabescos, así como en la gran escala de sus proporciones, poco puede dejar que desear aun al mas descontentadizo; pero si la unidad, la trabazon y la armonía son las verdaderas fuentes de la belleza arquitectónica, fuerza es confesar que Saint Ouen se lleva la palma y que un gran número de nuestras catedrales la aventajan á las claras. Así y todo tal número de encajes de piedra, de rosetones, de galerías abiertas al aire y en fin de esculturas y adornos de todas clases es cosa hermosísima y prueba una riqueza y fecundidad de imaginacion, correcta sin embargo y bien encaminada, que da envidia. Todos estos primores como quiera no están igualmente derramados por todo el edificio, pues los relieves de las portadas que como es natural representan historias religiosas son áridos y desnudos de accidentes. La parte superior es la enriquecida á manos llenas. Hasta el día no he encontrado en lo que llevo corrido de Francia portadas iguales á las de la catedral de Leon

que no parecen sino otras tantas páginas del Apocalipsis y del Dante.

Las torres son notables por su elevacion y estructura, pero mas notable todavía es la flecha que se levanta sobre el crucero como la torre de Saint Ouen. Antiguamente era de madera, pero por su altura extraordinaria estaba expuesta á grandes riesgos en las tempestades, hasta que en una de ellas un rayo la consumió enteramente con gran estrago de todo el edificio. Este accidente sugirió la idea de hacerla de hierro fundido, y en el día está muy cerca de su remate. El enorme peso del hierro por desgracia ha obligado á darle una delgadez y fragilidad aparente tan extremadas que en manera alguna se ligan con el resto del edificio, y dan á aquella construccion atrevida sin vida duda el aspecto de una armazon de mimbres.

Si las diversas épocas en que se ha construido la iglesia han dejado su sello en lo exterior, por dentro no están menos de manifiesto con grave detrimento de su unidad. No faltan tampoco sus ejemplares de vandalismo de *buen gusto*; en prueba de lo cual citaremos las columnas griegas coronadas de una cornisa por donde se entra al coro, entrada al coro que substituyeron en 1777 á una hermosa valla del género gótico y que así dicen al resto del templo como diría una cruz á la estatua de Venus. La catedral contenia tambien en otro tiempo cuatro antigüedades preciosas: el sepulcro de Ricardo Corazon de Leon: el de Enrique el jóven, su hermano: el de Guillermo Plantagenet, su tío; y el de Juan duque de Bedford regente de Francia en tiempo de Enrique V. Además de ellos se veia en medio del coro el del rey Carlos V. Los calvinistas mutilaron estos sepulcros en 1562, pero los canónigos que habia en 1736 sin duda para dejarlos en buen lugar los hicieron desaparecer por entero. Los que lean esto se preguntarán tal vez qué pudo dar margen á tan extraña determinacion, pero la respuesta que les podemos dar tiene tanto de peregrino que si no les convence, por lo menos les sorprenderá sin duda. El poderoso motivo de semejante hazaña fué el antojo de hacer un altar mayor nuevo, y alzar el coro un poco mas. Ni paró en esto su necia apatía y abandono, pues de tal manera desaparecieron estas reliquias que hasta 1838 no se ha desenterrado la estatua de Ricardo Corazon de Leon. Ahora mismo, con poco crédito por cierto de la cultura francesa esta estatua yace por el suelo en la capilla de la Virgen sin honores de ningun género. Por aquí puede venir en conocimiento de que á todos nos alcanza la fragilidad del barro, y que estas buenas gentes que tiran tantas piedras á nuestro tejado podian mirar que el suyo no es de bronce. Como quiera, confieso que semejantes aberraciones apenas me dejan moderacion alguna pues si de las guerras y revoluciones ciegas de suyo y enviadas por Dios como un azote, nada se puede extrañar, nunca acierta uno á explicarse cómo con tan ridicul os motivos una corporacion en quien se supone instruccion y cordura, se permite semejantes demasías.

Dejando á un lado estas reflexiones, á que por desgracia apenas hay país que no dé lugar, diré que la catedral me pareció magnífica sin duda. Entre las vidrieras pintadas como en lo demas se vé la huella de diversas manos y tiempos que señalan la marcha del arte. Las hay del siglo XIII, y de la época del renacimiento con sendas historias sagradas. Como quiera, lo mas notable que se vé es la capilla de la Virgen, no solo por el hermoso cuadro de Felipe de Champagne que representa la adoracion de los pastores, sino por los tres magníficos sepulcros que encierra. Es el primero de Pedro de Brezé, conde de Maulevrier, señor normando muy nombrado en su tiempo que murió en la batalla de Montlherg de 1465; monumento notable por sus proporciones graciosas y la elegancia y delicadeza de su arquitectura. El segundo es el de Luis de Brezé, nieto del anterior y marido de la famosa Diana de Poitiers. Ella fué la que le hizo elevar este monumento, y allí está de rodillas al lado del muerto en frente de otra figura de mujer que suponen ser la Virgen. La estatua del difunto es de una verdad horrible y hasta cierto punto repugnante porque representa la muerte física en su triste desnudez, pero su verdad raya tan alto que ha sido causa de que se haya atribuido al célebre Juan Goujon. El cenotafio contiene dos inscripciones francesas, una en verso y otra en prosa; pero la mas cu-

riosa es una en versos latinos dedicada por la viuda y en que despues de hablar de su pesadumbre le dice á su esposo que así como le fué fiel en el tálamo, así se lo será en el sepulcro. Esta declaracion en boca de una mujer nombrada por sus amores con dos reyes, ha hecho decir á espíritus malignos que la duquesa de Valentinois no se apartaba un punto de la verdad, y que tan fiel habia sido en un caso como en el otro. Pobre naturaleza humana que lleva hasta el silencio mismo de los muertos sus aparatos de vanidad y de mentira!—Este mausoleo es una de las producciones mas notables del arte en tiempo de Francisco I, y se ha atribuido por unos á Juan Cousin y por otros á un artista no menos célebre, Juan Goujon.

El tercero que es el de los cardenales d'Amboise, no muestra tanta pureza en cuanto al estilo pero sí mas proligidad y brillantez, y las dos estatuas de los cardenales junto con las otras mas pequeñas que se ven en la parte inferior, son admirables. La expresion de la oracion y de la piedad en los dos personajes no deja nada que desear.

Estos tres mausoleos no se recomiendan solo por el lujo y esplendor con que los adornan y por los recuerdos históricos que ofrecen, sino por que pueden servir á la historia del arte. El primero indica el estilo llamado gótico; el tercero la época en que el estilo gótico iba á ceder el puesto á las graciosas producciones del renacimiento; y el segundo es uno de los ejemplares mas puros de este.

No faltan otros primores que observar con gusto en este edificio, tales como la entrada en la sacristía y la escalera que conduce á la biblioteca del cabildo obras ambas de suma delicadeza y esquisito gusto. Existen ademas los sepulcros del famoso Rollon, primer duque de Normandía, azote primero y terror de este pais su padre y bienhechor, en seguida, el de Guillermo Longue-Épée su hijo y otros varios.

Despues de la catedral visité la iglesia de Saint-Maclon de un gótico muy puro y notable principalmente por sus puertas, cuyas delicadas esculturas son obra de Juan Goujon. Representan algunos pasajes de la Sagrada Escritura, tales como la Muerte de la Virgen, el bautismo de Jesucristo y otros varios acompañados de curiosos arabescos, son dignos sin duda del gran nombre de este artista.

Dejando la iglesia de san Patricio para el siguiente dia, pues el turbio color de la atmósfera hubiera privado á sus famosos vidrios de su principal atractivo, me encaminé al Palacio de Justicia ponderado por todos los viajeros. En realidad es difícil imaginarse mas número de labores en tan reducido espacio, ni mejor gusto en la eleccion y distribucion. Describirlo por menor sería tarea muy prolija y cansaria de seguro á los lectores: baste decir que aunque en el estilo se advierte cierta mezcla del renacimiento, todo ello es de una belleza acabada. Por dentro no es menos notable la inmensa sala llamada de Procuradores y muy alabada de los arquitectos por la audacia de su construccion, que la antigua cámara en que actualmente celebra sus sesiones el tribunal de Assises, una de las mas bellas de Francia segun dicen. El artesonado dividido en compartimentos no muy grandes y decorado de florones y adornos de bronce dorado, ha cobrado con el tiempo el color y esmalte del ébano á pesar de ser de roble. No faltan particularidades que por menudas omito, pero que figurarian bien en una relacion mas circunstanciada.

La tarde que comenzaba á decaer y el mucho cansancio que sentia, me obligaban á limitar mi curiosidad por aquel dia al célebre Hotel de Bourgtheroulde que tan vivamente excita la curiosidad de los arqueólogos ingleses y franceses y aun la de cualquier otro medianamente versado en la historia moderna. Un sinnúmero de anticuarios de entrambos paises á cuya cabeza figura el sabio benedictino Dom Montfaucon, han ilustrado no solo con descripciones sino con grabados, litografías y hasta con vaciados, los famosos relieves de este palacio que contienen diversas escenas de la célebre entrevista del campo de Drap d'or entre Francisco I y Enrique VIII; entrevista en que la nobleza de Francia y de Inglaterra se arrojó en competencia honrosa de galas y bizarría. A esto hace alusion Shakspeare en el principio de su comedia de Enrique VIII. Los relieves en efecto son preciosos, no solo por su parte histórica sino por su ejecución, y pocas cosas ha dejado el renacimiento

de mas subido valor. Hay ademas otros relieves que representan asuntos pastorales, sobre todo en la parte exterior de una torrecilla que contiene un gabinete notable por las esmeradas labores de su maderaje y artesonado. Este edificio se comenzó á últimos del siglo XV y se acabó á principios del XVI.

Si tantas circunstancias no concudiesen á hacerle célebre, aun habia una que añadiría algo á su fama y es la de estar situado en la misma plaza en que la doncella de Orleans, la inmortal Juana d'Arc pagó con la vida su heroísmo; «en atencion, dice el rey de Inglaterra en una carta á su muy querido y amado tio; en atencion á los grandes perjuicios é inconvenientes, á los horribles homicidios y detestables crueldades y otros males sin cuento que habia cometido, respecto nuestra señoría y leal pueblo obediente.» Tal fué el fin desastroso de aquella mujer extraordinaria que Shakspeare á fuer de inglés ha revestido de un prestigio infernal que el noble Schiller ha convertido en un ángel ligado á la tierra solo por su desventurado amor, y que por una contradiccion extraña, cuanto lamentable, solo un gran genio compatriota suyo ha querido exponer á la burla y escarnio del mundo.

Mi tarea estaba concluida por aquel dia, y para descansar juzgué que no podia elegir mejor medio que entrar en una barca de las infinitas que surcaban el rio y recorrer sus orillas. La lluvia habia cesado por entonces, y aunque el cielo estaba encapotado todavia, los nublados se habian remontado. Del lado del poniente venia una claridad pálida y extraña que revestia todos los objetos de una tinta indefinible. Los árboles goteaban mucho; el heno de las extensas praderas de la orilla izquierda yacia abatido por el peso de la lluvia: los marineros descogian sus velas para sacarlas aprovechando una brisa que venia del mar: el silencio era sumo en ambas riberas y solo algunas barquillas que se deslizaban como otros tantos ánades silvestres y dos bergantines que subian muy lentamente del Havre con las velas extendidas y tirados por pesados caballos normandos, turbaban el espejo de las aguas. Era una escena como hay pocas, ó por lo menos de las que no habia presenciado todavia. Despues de cruzar diversas veces las verdes islas del rio, hice que me dejasen en tierra mas arriba del puente de piedra casi en frente del camino de hierro. A pocos minutos un tren que salia para Paris arrancó con su acostumbrada velocidad, pero con un estrépito infinitamente mayor á causa de la pesadez del aire y del silencio de la noche, y sembrando el camino de chispas brillantes que caian de la máquina y relumbrando con los faroles encendidos de sus carruajes en medio de la obscuridad, desapareció con la rapidez de un meteoro dejando detrás de sí un surco luminoso que las tinieblas se tragaron al instante. Imágen mas fiel del destino del hombre en la tierra, apenas puede ofercerse á la imaginacion de nadie. La disposicion del terreno me impedia ver la hilera brillante de faroles de gas que iluminaban el muelle, pero en cambio por debajo de los arcos del puente veia el reflejo que formaban en el agua vislumbrar vagamente cortado por los mástiles y cordajes de los infinitos barcos amarrados á la orilla. Aquel rio sosegado y silencioso se asemejaba al rio mismo del Olvido, y la estatua de Corveille que descollaba sobre el fondo oscuro del cielo y que por la oscuridad se presentaba mayor todavia, parecia el emblema material del genio que sobrenada en el mar de los tiempos. La soledad no podia ser mayor: cuanto me rodeaba me era extraño absolutamente, ni un acento de mi lengua natal, ni siquiera una voz amiga venian á herir mis oidos; y esta situacion an que por primera vez me veia, era sin duda á propósito para despertar un millon de recuerdos y emociones. Por fin me retiré á mi posada, y el cansancio material pudo mas que las excitaciones de la fantasia, conciliándome un sueño profundo pero no muy largo, pues al dia siguiente muy temprano ya estaba en pié.

La vara de un mágico no hubiera causado transformacion mas rápida y completa. El cielo estaba revestido de un azul semejante al de España, y solo del lado del Havre flotaban unas nubecillas, que por su forma y color parecian otras tantas bandas de raso blanco. Infinitas gentes vestidas con grande aseo cruzaban por los muelles alegremente, conversando con animacion: innumerables barquillas surcaban el rio en distintas direcciones, en los mástiles de los barcos

flotaban banderas de varias naciones: las praderas habian sacudido su humedad y mecian al viento su verde cabellera: algunos vapores, cuyas chimeneas despedian un humo denso, se disponian á partir, y cuanto habia en el cuadro del dia anterior de triste y amortecido, tenia el presente de vivo, espléndido y animado. Sin perder tiempo me dirigí, como tenia proyectado, á la montaña de Santa Catalina para gozar por entero de aquel extenso y nuevo panorama. Con suma diligencia trepé á lo mas alto, y situándome sobre las ruinas del fuerte del mismo nombre, pude satisfacer la curiosidad que me agujoneaba: á mis pies corria el Sena, pero con movimiento tan suave, que parecia un prolongado estanque, sus islas de forma prolongada y estrecha figuraban con sus olmos y chopos otras tantas naves revestidas de ramaje y plantas ligeras para celebrar una fiesta campestre; en su orilla izquierda comenzaban las dilatadas y feraces llanuras de la Normandía, cuya inmensa alfombra de verdura iba á perderse en el horizonte. A mi derecha tenia la ciudad envuelta en vapores ligeros y transparentes, sobre las cuales descollaban las torres de sus numerosas iglesias, y sobre todo las de Saint Ouen y la catedral. Extendiase suavemente desde la orilla del rio por la falda de una agradable colina vestida de árboles, y los numerosos contrastes que ofrecian sus casas feas, desiguales y negruzcas con los bellos edificios religiosos y civiles que posee y con los paseos y manzanas regulares del muelle, contribuian agradablemente á la variedad del espectáculo. Las antiguas murallas que tanta celebridad le dieron en las guerras y dimensiones de Francia, son otros tantos paseos de frondosos olmos, que forman un recinto, sino tan terrible, sin duda mucho mas pacífico y vistoso. Por detras de mi se extendia un vallecillo lleno de fábricas que venia á morir en la ciudad, cuyos tejados azules de pizarra vislumbraban á los rayos del sol, y me recordaban los de las aldeas de mi pais, que tantas veces he visto desde la cumbre de los montes. Finalmente, la vista era tan deliciosa de por sí, que á cualquiera hubiera embebecido, pero la animacion y tráfago de la poblacion, los repiques alegres de las iglesias, y la multitud de aldeanos que de los pueblos vecinos se dirigian á la ciudad, eran como otros tantos toques agradables del cuadro. Desde aquella altura se oian las campanas de los vapores que llamaban á las gentes á bordo, y poco despues se les veia salir, alejándose rápidamente como favorecidos de la corriente, los que se encaminaban al Havre, y acercándose mas lentamente los que se dirigian á Elbæuf, y que por lo mismo tenian que pasar al pie de la montaña de Santa Catalina. Los diversos trajes y aposturas de las personas que se apiñaban en la cubierta, junto con la variedad caprichosa de colores desapareciendo entre las islas, y volviendo á aparecer á lo lejos ya mas confusos y borrados, era cosa que llevaba los ojos. Como quiera, la sensacion mas extraña que allí experimenté fué la de un convoy larguísimo que vi salir para Paris, y que arrasándose con celeridad increíble por medio de casas, árboles y sembrados, parecia desde aquella altura una inmensa serpiente que se desliza por entre matorrales y peñascos.

Despues de apacentar la vista mas de dos horas con tan delicioso espectáculo, bajé de mi altura con deseo de visitar de nuevo las iglesias del dia anterior, y recorrer las que me faltaban todavia, entre las cuales merece el primer lugar San Patricio por sus magnificas vidrieras. Son todas del siglo XVI, época la mas aventajada de esta clase de pintura en Francia, y entre ellas hay una alegoría que representa *El Triunfo de la verdad*, hecha segun se cree por los dibujos de Juan Cousin, y cuya composicion é iluminacion corren parejas. Rouen no ofrece nada mejor ni aun tan bueno en este ramo del arte.

En esta tarea se pasó el resto de la mañana y una parte de la tarde, de manera que ya el tiempo que despues de comer me quedó, fué apenas bastante para alargar mi paseo por la orilla del rio algo mas que el dia anterior. La caída de la tarde tuvo una pompa tan magnífica y sosegada, y los accidentes y celajes del ocaso fueron tales, que de seguro no serán espectáculo muy frecuente en los alrededores de aquella ciudad, á quien dan algunas gentes el nombre de *medias negras de la Normandía*, por lo nebuloso de su cielo. El número de barcos pequeños y gran-

des que subian, bajaban y cruzaban el Sena para dejar ó recoger gente en las islas era grandísimo, y ni Lyon, á pesar de sus dos rios, ni París con su inmensa poblacion, me habian ofrecido nada semejante. La marcha de los de vela sobre todo cuando se encaminaban al Havre, dejándose llevar por la corriente, era tan pausada que no alteraba la tersa superficie de las aguas. Yo no sé qué se me figuraba ver pasar sus velas iluminadas á un tiempo por la luna y por los últimos reflejos del ocaso por detras de los árboles y arbustos de las islas que me ocultaban el casco. Por su magestad y silencio me recordaban aquella sucesion de reyes y príncipes, cuyas sombras desfilaban ante los ojos de Machelth en la cueva de la bruja. En cambio de todo este sosiego, de cuando en cuando acertaba á pasar algun vapor, y entonces el agua alterada por sus ruedas, azotaba por algun tiempo las orillas semejante á la del mar, como irritada de ver turbar aquella calma de que gozaba. Como la mayor parte de las gentes de Rouen se restituian á sus hogares de las giras y fiestas campestres á que se habian entregado durante el dia, traian músicas, que á pesar del ruido de la máquina no dejaban de oírse y de producir un efecto muy agradable. Una porcion de mujeres, vestidas de blanco ó de colores alegres, que ocupaban la cubierta para gozar de la noche, completaban la ilusion, sobre todo cuando con alguna ráfaga de viento ondeaban sus chales y los largos y flotantes velos de sus sombrerillos.

Para que todo cuanto encontraba en Rouen tuviese á mis ojos un carácter de novedad, de vuelta ya, y poco antes de entrar en mi posada, acerté á ver en una esquina un anuncio de teatro que decia: *La Main Sanglante ou Le Medecin de son honneur*; si alguna duda me podia quedar, las siguientes palabras me la hubieran disipado, pues decian terminantemente que era una traduccion de *El Médico de su honra*, de nuestro don Pedro Calderon. Aunque el cansancio no podia ser mayor, me pareció que seria tibieza en el amor del pais dejar de ver la funcion, y así me encaminé al teatro en derechura, donde me encontré la comedia muy al principio por haber echado antes otra pieza. La representacion me gustó muy poco, como ya me lo figuraba; la traduccion me pareció hecha con esmero, pero las alteraciones que advertí prueban que nuestro gran dramático ha sido tratado *trop cavalierement*, como por aqui dicen, ó segun por ahí decimos, sin asomos de cortedad. El personaje de doña Leonor está totalmente suprimido: al cirujano le han dado una importancia que no tiene, y el desenlace mismo muy diferente. En general puede asegurarse que la eleccion de esta gran obra es desacertada, pues la pasion de los zelos se siente en ambos paises de manera harto diversa para que la conducta del hidalgo español no parezca feroz en demasia al público francés. Los accidentes del *Pintor de su deshonra* estan mucho mejor combinados para producir el mismo efecto, sin necesidad de acudir á enmiendas ni zurcidos, imposibles en las obras del genio.

Para mucho mas daba lugar esta escursion, que tardará sin duda en borrarse de mi memoria, pero tal vez los demas detalles son de interés puramente local, y no excitarian la curiosidad de los lectores. Baste decir que de los españoles que vengán á París, ninguno, por lo menos durante el buen tiempo, debe dejar de hacer este viaje, que á lo rápido, cómodo y barato junta lo entretenido y aun instructivo, pues tanto los amantes de las nobles artes como los aficionados á las útiles, encontrarán en los monumentos y fábricas de Rouen cosas dignas de observarse. Un consejo me queda por decirles, y es que si el tiempo se lo permite, no dejen por nada del mundo de llegar al Havre, pues así como el sol se reviste muchas veces para ponerse de mas luces y esplendor, del mismo modo el Sena, á medida que se acerca á su término, multiplica su magestad y sus bellezas. Yo por mi parte no pudiendo detenerme mas largo espacio despues de haber registrado de nuevo los alrededores y cosas curiosas de la ciudad, di la vuelta á París con tiempo mucho mejor que me permitió disfrutar mas cumplidamente de todas las perspectivas del ferro-carril. Habiéndolas visto poco antes, suscitaban en mi ánimo la misma impresion que una música deliciosa oída por segunda vez. Por fin en las mismas horas llegué á París muy satisfecho de mi viaje, aunque mucho

mas lo estaria si supiera que sus desaliñados bosques habian de entretener á mis compatriotas, y ayudarles á pasar algun rato de ocio.

ENRIQUE GIL.

París 26 de julio de 1844.

EL ASTRÓLOGO Y LA JUDIA.

LEYENDA DE LA EDAD MEDIA.

II.

¡Quién creyera que tanto juramento de amor, tan acendrada fé, una constancia tan sostenida por espacio de ocho interminables años, hubiese de flaquear precisamente desde el momento en que un irrevocable vínculo parecia haber unido para toda la eternidad á los dos héroes de mi cuento! ¡Quién pensara que naufragase en el mar de la bonanza la flotante barquilla, salva de tan deshechas tempestades y que finara al cabo aquel halito vivificante á cuyo soplo respondieron antes unisonos sus corazones, sustituyéndole la fria saciedad, y luego el hastio y la aversion por último; sin embargo, todo pasa en este mundo; y este axioma por desgracia ó fortuna nuestra, tan verdadero, ha sido formulado por un filósofo, repetido por ciento, y será comprobado hasta el fin de los siglos. ¡Todo pasará no hay nacion que no lo reconozca, no hay idioma que no lo exprese: esta frase que tanto nos aterra debiera ser no obstante nuestro único consuelo.

No tardó Sahara en advertir que su amante, lejos de abandonar sus ideas de ambicion y las fútiles investigaciones en que habia consumido los mejores años de su vida, se aferraba con mas ahínco á ellas, aquel hombre que en un momento de fervor depositara en flacas manos el hilo de su existencia, consideraba desde entonces casi inevitable la perspectiva que al aparecerse por primera vez tanto le habia sobrecogido. Ella por su parte ¿no tenia razon para temblar? ¿No era posible que aquel para quien el amor á la ciencia lo era todo sacrificase con una palabra ese otro amor, si por fatal desgracia llegaba una vez á obstruirle el paso?

Y véase como la apasionada escena de que el *Antro del Diablo* fue testigo, vino á ser para entrambos la mas acerba memoria, memoria que poco á poco corroía en sus corazones toda noble semilla, todo generoso sentimiento, sin ser empero osados á confesárselo. «Al menos antes de aquella negra noche, se decia cada uno, Dios ó el destino solos hubieran decidido de nuestra suerte.—¿Y quién sabe, añadía ella, lo que me estaba reservado? ¿Quién sabe si recuperando el viejo Eleazar á su hija, hubiera sido para ambos el brillo de esa estrella que á tanto debe llegar, si no se me ha engañado?... una corte.... un trono....»—¿Y quién sabe, continuaba él, hasta dónde en alas de mi genio, se elevará esta gigante imaginacion cuya hoguera me abrasa, á no poder anonadarla á deshora en brazo ajeno armado por mí mismo? Ciencia, que en mis vigiliás busqué; gloria, á que idólatra aspiré; os estaba predestinado y deberé perderos.—Víctima así cada cual de tan continua é interna lucha, pasaban sus dias en un silencioso malestar que en vano querian ahogar en su seno; y era el mayor de sus tormentos, haber de ocultársele mutuamente, que para sostener, cual á ambos convenia, aquella union que diariamente se relajaba, debió la hipocresía venir en auxilio del interés; así sucede por lo regular en el mundo.

Evitando uno y otro interrumpirse en sus melancólicos pensamientos, huían las ocasiones de hallarse juntos; y por un convenio tácito, ni se hacian reconvencciones, ni echaban menos los antiguos momentos santificados por el amor, que prometian haber sido inextinguibles, eternos. Mientras Sahara derramaba amargas lágrimas en su aposento, se internaba Alvar en la vecina selva donde pasaba uno y aun mas dias seguidos sin regresar á la habitacion, abstraído sin duda por importantes quehaceres.

—Yo le pagaré tamaño olvido en igual moneda, dijo la desconsolada doncella al despertar una mañana, advirtiéndole que rayaba la tercer aurora desde que su amante abandonara sus hogares para una de aquellas ordinarias escursiones; yo tambien me marcharé como él, sin despedirme.

Estaba resuelta. No tardó en hacer un lio de los mas precisos efectos de su uso, y en vestirse su acostumbrado traje. El pajecillo estaba mas gracioso que nunca.—¿A dónde iba? No lo sabia.

—Que el benigno Sol que preside al nacimiento de la rosa de Alejandría, alumbre vuestros pasos, hermoso pimpollo, dijo un hombre de aventajada estatura y atezado color, interponiéndose en el umbral que

ya iba á salvar la fugitiva.—Loado sea el que aquí me ha dirigido. No podia llegar á mejor tiempo.

—¿Quién sois?

—Soy un pobre esclavo nubiense transportado en cambio de un poco de oro á estas montañas del Norte, en que suple el hombre con una vestidura de hierro el vigor que falta á su piel blanca para resistir el rayo del sol del dia y el brazo de su contrario. Nada tengo, pero mi vista alcanza al porvenir salvando tiempos y distancias: leo el destino de los humanos, y me rio de su miseria. Vuestro padre....

—Mi padre! interrumpió Sahara.

—¿Pues no os he dicho que para mí no hay arcanos en cuanto se agita sobre la haz de la tierra? Vuestro padre Eleazar me envia á buscaros desde la orilla encantada que ahora habita al otro lado del Estrecho de Hércules. En la vecina costa os espera, si consentís en acompañarme, la mas rápida caravela que haya surcado jamás la espalda del turbulento mar á que Atlante dió su nombre. Cuando desplega sus triangulares alas, aventaja á la golondrina que en su pos se dirige á la zona del fuego al levantarse las brisas invernales.

—¿Deberé abandonarle?... y para siempre? murmuró la jóven.

—El empeño que con él os une, solo podrá terminar de ese modo. Pasareis á sus ojos por muerta: vuestros cabellos serán para el no mas que una preciosa reliquia que conservará con cuidado. Entre tanto vos guardareis el que de él hubisteis, y aun le usareis si algun dia os pareciese conveniente. Venid, pues, venid; vuestro padre se muere; recibamos su último suspiro; y puedan las diademas de brillantes, las sartas carolinas y las ajorcas de perlas que en sus arcos se guardan, no embellecer jamás la frente, los brazos y el cuello de una advenediza despues de su muerte.

—Marchemos.

Y desaparecieron.

¿Qué hacia entre tanto Alvar? despues de un dia mas pasado en su oculto retiro, encontró al retorno franca de par en par la puerta de su morada. No creyó muerta á su amante porque no habia el menor indicio que indujese esta sospecha; y muy desmemoriado ó muy ladino debió ser el esclavo, para descuidar tan interesante precaucion, siendo verdad que tuviese todo el poder que se atribuia. Pero la pesadumbre del astrólogo, dado que alguna sintiera, se disipó poco á poco, y refluyó en beneficio de su pasion dominante á la que desde aquel punto se dirigieron todos sus pensamientos. Turbaba sin embargo sus mas hondas cavilaciones la memoria del poder con que locamente habia armado á Sahara, que en un momento de despecho, tarde ó temprano, no dejaria de recurrir á él y herir su frente, antes de que en ella fructificase el lauro inmarcesible de la gloria. Algunas veces cruzando por su mente una siniestra idea, llevaba su trémula mano á la cajita de oloroso enebro que contenia los cabellos de la juifa, y se aprestaba á soplar sobre aquel liviano depósito: mas.... tan frio asesinato le horrorizaba: repelia iracundo la peligrosa tentacion, y se alejaba á largos pasos descolorido y calenturiento. Pasado así algun tiempo, pareció que un rayo de esperanza le animaba. En uno de los ilusorios desvarios de su imaginacion, habia osado concebir el plan mas vasto, la mas gigantesca idea que engendró nunca cabeza humana: las profundas abstracciones, aquellas dilatadas ausencias tan sensibles á su amante, no tenian otro motivo; porque tan exaltado como demente, pretendia topar con un misterio, ante el cual fuera mezcquinó el de la confeccion del oro; queria hallar el *licor de la inmortalidad*. Este halagüeño devaneo, á que se habia aferrado como á una última áncora de salvacion, parecia posible á sus ojos: con él desafiaria los tiros de la suerte, destruiria el efecto de una palabra muy de ligero pronunciada por la que alienara su existencia; su nombre, aun mas que su terreno sér, se eternizaria en la memoria de los hombres. Y por espacio de tres dias, todos sus cálculos, amalgamas y copelaciones, correspondian exactamente á sus deseos.

Hé aqui la razon porque dos meses despues de la fuga de Sahara, al encaminarse con veloz paso á la retirada selva, se retrataba en su ademán con mas fuerza la violenta sensacion que le dominaba.—Propionase aquella noche llevar á cumplido fin sus investigaciones, perseguir al destino hasta forzarle en sus últimas trincheras y arrancarle el fecundo secreto cuyo velo creía ya tener asido. Grande, inmenso iba á ser su júbilo, ó amarga hasta la muerte su decepcion. Así, al entrar en el solitario centro, sintió latir precipitadamente su corazón, y la tea de pino vaciló en su mano.

—¡Qué calor! dijo pasando un lenzueto por su húmeda frente; y observando las brillantes y rápidas exhalaciones que se sucedian en la atmósfera con breves intervalos.—La noche me es propicia, añadíó acabemos.